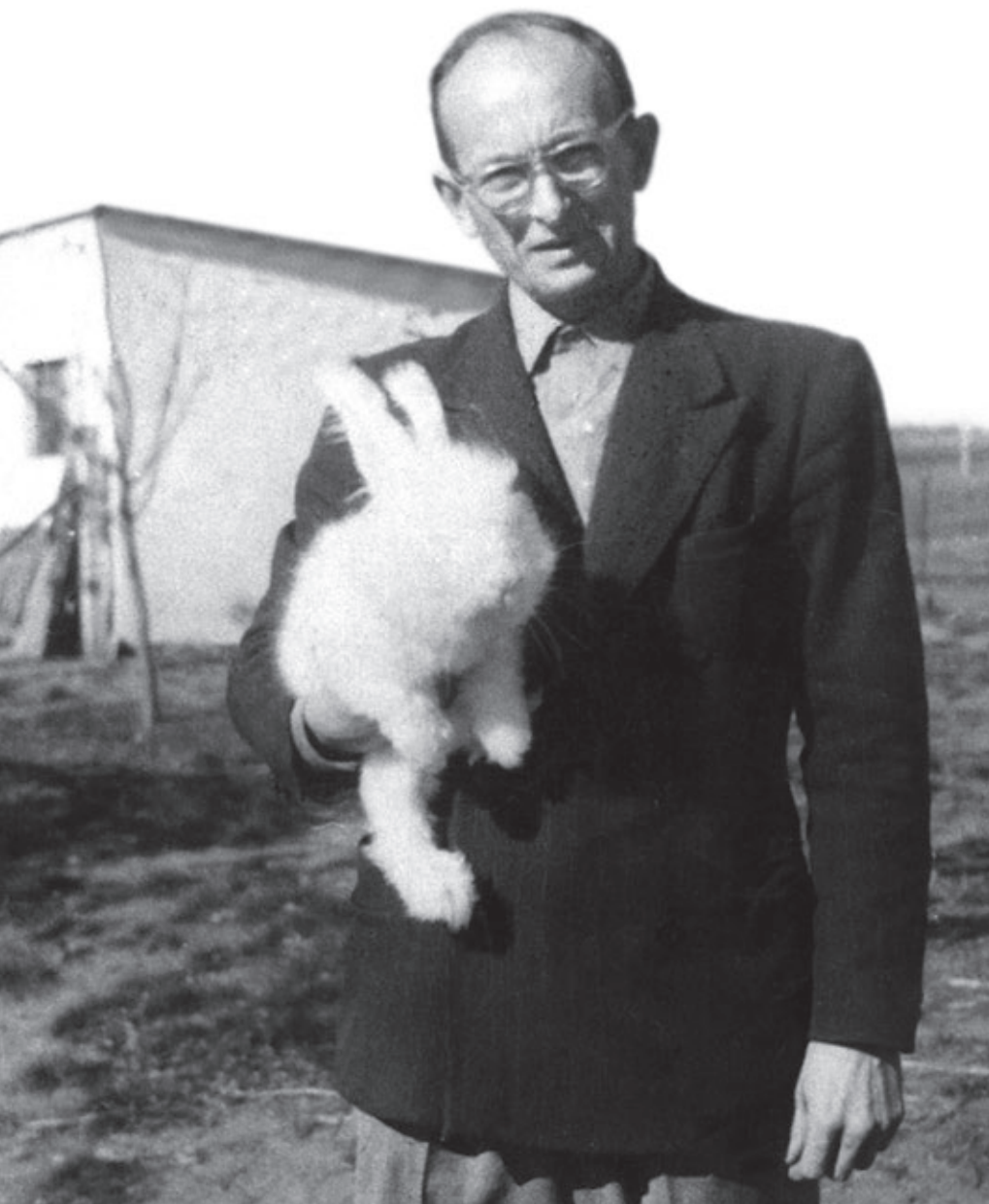


 Seix Barral

Ariel Magnus

El desafortunado





Seix Barral Biblioteca Breve

Ariel Magnus

El desafortunado

© Ariel Magnus, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Imágenes del interior:

pág. 41: © E. O. Plauen

pág. 81: © Album

Primera edición: septiembre de 2020

ISBN: 978-84-322-3667-9

Depósito legal: B. 8.237-2020

Composición: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

IV

Flores para Vera

*Sag mir wo die Blumen sind,
wo sind sie geblieben?
Sag mir wo die Blumen sind,
was ist geschehen?*

¿Por qué tanta mala suerte?

Justo el día en que iba a reencontrarse con su esposa tras siete años de forzada y esforzada separación, la ciudad se quedó sin flores. Se había quedado también sin medios de transporte público, sin diarios, sin atención programada en los hospitales y sin servicio de recolección de basura, después de que los sindicatos adhirieran al duelo nacional. Pero la escasez absoluta de rosas, las flores preferidas de Vera, o en su defecto de fre-

sias o jazmines o un mísero ramito de claveles, esa era la auténtica catástrofe en estas circunstancias.

—Pero si usted aquí flores, y flores no hay, ¿para qué usted aquí? —se desquició Ricardo Klement con el último florista que encontró, a veinte cuadras del hotel.

—Es que estamos esperando que lleguen más desde Chile —comentó el florista con una excitación insultante, debía de ser la primera vez en la vida que se quedaba sin mercadería a las diez de la mañana de un lunes cualquiera, invernal, lluvioso, el día menos indicado para comprarle flores a nadie—. Se nos murió Evita y el pueblo arrasó con todo para homenajearla.

—*Verfluchte Schlampe!* —farfulló Klement toda su frustración y aplastó el cigarrillo contra el suelo, por no aplastar otras cosas.

Al señor de impermeable verde y manos terrosas no le hubiera sido necesario saber alemán para intuir que lo expresado por ese caballero de voz estridente, dura de oír, correspondía a un violento insulto, aunque no hubiera podido identificar que su destinataria era la Jefa Espiritual de la Nación, fallecida la antevíspera por causa de un cáncer de útero (que nunca había utilizado). Como para él un cliente no dejaba de serlo aun si de momento no compraba nada, se limitó a componer un gesto ambiguo, de sepulturero, y volvió a concentrarse en la tijera oxidada con la que ve-

nía haciendo bucles a las cintas de colores que envolverían los ramilletes internacionales.

Klement no tenía tiempo para esperar esa remesa desde el otro lado de la cordillera. El barco de su esposa ya debía de haber atracado y quería estar en el hotel para cuando se la trajesen los encargados de buscarla. Hubiera preferido ir en persona al puerto, volver a visitar las imponentes dársenas donde él mismo había desembarcado dos años antes con apenas quinientos pesos argentinos en el bolsillo y ver su primera mirada de expectativa y estupefacción reflejada en la de su esposa. Estar presente en ese momento habría servido además como señal de que podía descender sin temores a esa tierra bendita, tan segura para los hombres en su situación que había costado convencer a Klement de que podía ser peligroso aparecer en público con esa mujer, a fin de cuentas estaban oficialmente divorciados y bien podía ser que la estuvieran siguiendo agentes enemigos.

Ahora tradujo la furia interna en velocidad de tranco de sus piernas arqueadas, los puños hundidos en los bolsillos agujereados de su sobretodo y el torso inclinado hacia delante con la vista clavada en las baldosas, que alternaban de forma y color de manera espantosamente irregular. Para serenarse se puso a contar sus pasos y comprobó una vez más que daban cien de esquina a esquina, lo que aquí llamaban «cuadra». De ese concepto, y del asociado de «manzana», parecían depender

las ubicaciones y los tamaños de todas las cosas en la ciudad, y por eso habían correspondido a sus primeras palabras en el idioma vernáculo. Que la metáfora elegida para referirse a un cuadrado de cemento fuera su fruta preferida (sobre todo en forma de vino, el delicioso *Apfelwein*) solo podía ser un buen augurio, que quedó confirmado cuando probó una manzana argentina. Por eso se había traído un par de kilos desde Tucumán, quería que fuera lo primero que probaran los nuevos habitantes del país. ¿Cómo no se le había ocurrido entonces sumar unas flores? ¿O acaso no sabía que a esa provincia se la llamaba «el jardín de la República»?

A Klement lo invadió una vez más esa antigua sensación de fracaso que lo acompañaba desde antes de tener él mismo antigüedad en el mundo, al modo de un pecado original de cuño propio. ¡Era un imponderable!, ensayó disculparse. Pero lo cierto es que antes de subirse al tren ya se había enterado de que Evita había fallecido, y llevaba el suficiente tiempo en el país como para saber que todo lo que ocurría en torno a esa mujer era siempre exagerado, descomunal. Al bajarse en Retiro y dirigirse al hotel en compañía de quienes ahora le traerían a su esposa, los mismos *Kameraden* que lo habían recibido a él en su momento, Klement había podido observar la fila infinita, que los argentinos llamaban *india* y que componían con ridículo esmero cada vez que se juntaban más de

tres personas en un mismo sitio. Cuadras y cuadras, manzanas y manzanas de dolientes alineados para darle el último adiós a la Abanderada de los Humildes, cada hombre y cada mujer con su atado de flores, protegiéndose de las lluvias intermitentes con el periódico en el que habían leído la noticia una y otra vez. Lo que más había conmovido a Klement era la cantidad de militares que custodiaban ese serpenteante velorio a cielo abierto. Sus anchos capotes de fieltro y las botas negras de montar le recordaban su propia vestimenta hasta hacía no tanto tiempo, la que le hubiera gustado ponerse para una ocasión tan especial como la de hoy.

Apaciguado por la caminata, o por el conteo de sus pasos, tuvo que admitir que una muerte así, aunque fuera a tan temprana edad, era todo lo que podía soñar un líder de masas. Por no hablar de la esposa de ese líder. Si algo admiraba Klement del general Perón, además del fervor que este provocaba en la gente, era la soltura con que llevaba ese liderazgo compartido, o al menos no exclusivo, con una mujer, para colmo la propia. No era que él, Klement, no tuviera en la más alta estima al sexo femenino, todo lo contrario, pero de ahí a cederle un lugar tan preponderante en la vida pública había lo que se llama un abismo. El poder era algo que cualquier hombre protegía celosamente hasta de sus colaboradores más cercanos, por lo que presentarse acompañado, casi un paso atrás,

implicaba una seguridad que iba más allá de cualquier policía secreta. Era la marca de un poder auténtico. Aun a sabiendas de que su compañera moriría a los treinta y tres años, sin casi tiempo de crecer lo suficiente como para hacerles verdadera sombra, pocos líderes le habrían permitido ganar tal ascendiente sobre sus seguidores.

Con un dejo de resentimiento se preguntó si no habría sido eso lo que le había faltado al líder de su propio pueblo, cuya esposa también se llamaba Eva y había muerto igual de joven, sin hijos. Esas paradójicas semejanzas (¿habrá tenido la Eva argentina un treinta y dosavo de sangre judía, como había descubierto él de la otra?) solo ponían de relieve las diferencias notorias entre la actriz teñida de rubio que había conquistado primero al general y luego a un país entero y la cocinera, rubia de veras, que parecía haber nacido dentro del búnker donde también murió. Y no menor era la diferencia entre ambos maridos respecto a sus medias naranjas, el uno que la había ocultado hasta la muerte, el otro que la mostró desde el primer momento. Klement no supo decirse qué hubiera podido ganar el Führer teniendo a esta otra Eva a su lado. En vista de que luego lo había perdido todo, la pregunta seguía guardando cierta validez. Quizá lo hubiese distraído con sus encantos, sin quererlo, de la idea idiota de invadir Rusia.

Se detuvo a encenderse un nuevo Condal en una esquina, ya llegando a la parte de la ciudad

que al momento de su arribo, un invierno húmedo como este, le había recordado tanto al centro de Viena o de Berlín o de París. Hasta entonces solo había conocido, fuera de esas y otras ciudades europeas, las del Oriente Próximo por las que había pasado antes de la guerra en su fallido viaje de interiorización sobre el movimiento sionista. Como a Moisés, no le habían permitido entrar a la Tierra Prometida, donde planeaba reunirse con el Gran Muftí de Jerusalén, aunque eso no le impediría ufanarse de su amistad en el futuro. De ahí que esperara algo parecido de este occidente lejano, sin gente envuelta en túnicas ni mezquitas de cúpulas relucientes pero con la misma precariedad edilicia a la vera de calles mayoritariamente de tierra surcadas por muchos pies descalzos. Y aunque el prejuicio había quedado saldado con creces más tarde, cuando se mudó a una zona rural del noroeste, cada vez que volvía a Buenos Aires seguía sin poder acostumbrarse a contemplar, de este lado del mundo, una ciudad cuyo casco antiguo podría haber sobresalido por su opulencia incluso estando del otro. Era verdad que las fachadas decimonónicas, buena parte de ellas descoloridas y hasta desconchadas, alternaban con edificios modernos, informes, de una escrupulosa fealdad, y que el adoquinado acumulaba contra sus flancos una cantidad de basura insólita, sobre todo por su constancia, como si la produjeran con sus escobazos negligentes los barrenderos encar-

gados de limpiarla; también era cierto que detrás del atildamiento de los transeúntes, que se repasaban la línea del pantalón casi tanto como la del pelo, asomaban con demasiada frecuencia marcas de que no podía faltar mucho para que esas prendas se deshilaran *irremendablemente*; nada de eso se le escapaba ahora a Klement, pero así y todo Buenos Aires, con sus cines y sus teatros y sus tiendas a todo lujo, seguía siendo la ciudad europea que le pareció en un principio, cuando lo llevaron de prisa desde el puerto a una pensión alejada del centro, como si efectivamente siguiera estando en el continente donde no debía dejarse ver. Esa primera noche, al acostarse, su sensación fue la de haber transitado un sueño, un sueño hecho con los escombros de la pesadilla que había dejado atrás: por cada piedra que del otro lado había caído bajo el peso de una bomba aliada, aquí se habían levantado otras, silvestremente, como hongos. Al despertar al otro día, Argentina ya no le parecía un refugio de urgencia, el último lugar del mundo al que había logrado huir para conservar la libertad y acaso la vida, sino un segundo hogar, continuación del primero, arquitectónicamente predestinado desde el principio de la debacle para albergar a los perdedores.

Al resonante nombre de ese país casi antártico se lo había topado por primera vez en el marco de sus estudios hebreos, cuando le ordenaron leer y resumir *El Estado judío*, del austriaco Theodor

Herzl, como introducción a su nuevo puesto en la oficina de asuntos judíos del flamante gobierno nacionalsocialista. En esa biblia del sionismo, el padre político del movimiento proponía Argentina como alternativa para el caso de que el retorno a Eretz Israel resultara inviable, resaltando que se trataba de una de las naciones más ricas del planeta, de dimensiones tan inmensas como escasa era su población. Mucho antes de que surgiera la idea de enviar a los judíos a la colonia francesa de Madagascar o de concentrarlos en Nisko, Polonia, el entonces *Untersturmführer* había vuelto a pensar en Herzl y en la posibilidad de hacer realidad aquel sueño, menos en términos prácticos (su área de *expertise* eran los trenes, no el tráfico marítimo) que en términos teóricos. Pero tanto se regodeó en la fantasía de que el aporte le granjeara un «caramelo», como llamaba a las insignias de ascenso en el escalafón de las SS, que al final la iniciativa había perdido impulso en su fuero interno y acabó en el olvido, igual que más tarde la polaca y la africana. Resultaba gracioso, si se ponía a pensarlo, que esta tierra prometida suplente acabara siendo no la solución al problema judío, sino al que se había creado él mismo tratando de solucionarlo.

Llegó al hotel Majestic de Avenida de Mayo, que había elegido porque le recordaba al hotel Majestic de Budapest, desde donde organizó (intentó organizar) el trueque de un millón de judíos húngaros a cambio de diez mil camiones. Cruzó el lob-

by que adornaba desde la víspera un improvisado altar a la Dama de la Esperanza, como también se conocía a la fallecida, y oprimió el botón junto a las negras rejas de hierro forjado. Al mismo tiempo que la cabina móvil, aunque a una velocidad notoriamente mayor, lo que cayó desde las alturas hacia la cabeza de Klement fue una idea. Giró sobre sus talones, rehízo los pasos hasta la mesita con foto y florero ubicada contra un espejo lateral de marco dorado y se plantó para acomodarse la corbata y lo poco que le quedaba de pelo desde el centro del estirado cráneo hacia la retaguardia. Volvió a calzarse el sombrero y se quedó mirando el bigote entrecano que disimulaba la asimetría congénita de su rostro enjuto, del que sobresalían como implantes la larga nariz, puras narinas rematadas en un pequeño mentón partido, y las orejas anchas, de judío, como no habían dejado de observar sus antiguos camaradas a sus espaldas, subestimando la amplitud también de su poder de escucha.

El ascensor tocó tierra y con un rápido movimiento, la vista puesta de reojo en la recepción, donde un joven de librea completaba unos registros, las flores para Eva pasaron a ser flores para Vera.

Klement eyaculó en las entrañas de su esposa, un lechazo reivindicativo más que de placer, a ver si así podía borrarle del rostro la cara de susto por

verlo tan avejentado, y se retiró al baño antes de que su miembro volviera a replegarse y encerrarse en su capullo, dificultando el acicalamiento a fondo al que acostumbraba someterlo después de estar con una mujer, aun si era la propia. Tampoco tenían tiempo para mayores ceremonias, los niños volverían de un momento para el otro, tras gastarse los cien pesos que les había dado el tío Ricardo como *Taschengeld* de bienvenida.

Estaban enormes, irreconocibles, sobre todo Klaus, el mayor, convertido a sus dieciséis años en el nuevo esposo de su madre, a juzgar por el recelo con que miró al hombre que ella les presentó como su *Onkel*, recelo que apenas si logró aplacar el generoso billete que el tío le confió junto a las manzanas para que administrara durante el paseo con sus hermanos por la nueva ciudad. Los que le seguían por orden de llegada, Horst y Dieter, no le habían dispensado al nuevo tío ni ese sentimiento tibiamente adverso, por estar demasiado entretenidos con los huesitos de vaca que les habían dado al recogerlos en el puerto y con los que se pusieron a jugar en el piso de la habitación tal cual había visto Klement que hacían los niños aborígenes, como si las reglas no pertenecieran a un juego determinado o a una sociedad específica sino a la infancia en general. La última vez que los había visto tenían cinco y tres años, por lo que perfectamente podrían habérselos reemplazado por otros niños, como en las películas en que dife-

rentes actores hacen de la misma persona según su edad, sin que él se hubiera dado cuenta.

Veronika, en cambio, su querida Vera, seguía igual: la cara igual de redonda, con el pelo igual de negro y los ojos igual de azules; el cuerpo igual de macizo, con las extremidades igual de firmes y las nalgas igual de esponjosas. En la intimidad más íntima, Klement la llamaba Vulpius, en honor a la esposa de Johann Wolfgang Goethe, célebre por sus redondeces y por su desenvuelta rusticidad, a las que prefería por sobre la rubicunda esbeltez longilínea de la típica hembra aria. Para él nunca había sido un problema que su esposa proviniera de una familia campesina, sí en cambio que fuera católica y que solo accediera a casarse por la Iglesia, algo mal visto entre sus camaradas del Partido, todos ellos *deístas*, como pedía el Führer. Más tarde reportó que también Vera se había convertido a esa religión nationalsocialista propiciada por Hitler, pero era solo un deseo. Vera seguía aferrada a su fe como el primer día, al punto de que lo primero que había hecho cuando quedaron solos en la habitación del hotel fue pedirle que se arrodillaran a rezar en agradecimiento por ese reencuentro. Así, de rodillas sobre la alfombra, como cuando eran jóvenes, la cara hundida en la nuca de Vera como en una almohada, aspirando ese olor a heno y almendra molida que era su aroma más profundo, así la había poseído Klement, también para dejar en claro que los pasajes

no los había pagado Dios sino él mismo con los ahorros de esos dos años de trabajo en el país.

Desde el umbral del baño, ya vestido, le comentó a su mujer, ligeramente eufórico, una coincidencia de la que acababa de percatarse. En el pasaporte de la Cruz Roja que se había hecho para emigrar a Argentina, además de cambiarse el nombre y el lugar de origen (y la religión y el estado civil y el oficio), había corrido su fecha de nacimiento de 1906 a 1913. Ni un solo dato en la nueva identidad debía estar cerca de la que se quería esconder, le habían aconsejado, pero no tenía claro por qué había elegido esa fecha y no otra. La diferencia de años correspondía casi a los que había pasado en su Solingen natal antes de que la familia se mudara a Linz, Austria, la patria que él volvería a dejar décadas más tarde en favor otra vez de Alemania, ahora para unirse como joven adulto a las huestes del nuevo orden. Pero si la elección era hija de un trauma infantil, no hubiera debido basarse en esa emigración, por más que generaría los trastornos que luego le impedirían terminar la escuela, sino que debería haber respondido a los nueve años que tenía Klement cuando murió su madre, el verdadero antes y después en su infancia. La elección, como fuera, había sido acertada, ahora que el pequeño enigma quedaba aclarado por su agente, el tiempo mismo: los siete años de diferencia vaticinaban los siete años de separación, de modo que al reencontrarse con su

mujer, en este preciso instante, él seguía teniendo la misma edad que cuando le había dado el último beso.

—¿No es maravilloso, *Schatzi*?

—¿Puedo pasar al baño yo también?

Klement se encendió un Gloria de los que le había traído su mujer, descubriendo con divertida sorpresa que hasta el nombre de su marca favorita de cigarrillos alemanes le auguraba un futuro en español (de joven hubiera jurado que era una palabra anglosajona), y abrió de par en par las ventanas, a pesar del frío, para despejar cualquier vestigio de olor a sexo. Las coincidencias numéricas siempre lo dejaban algo melancólico, como después de atestiguar un pequeño milagro que vuelve aún más anodino el mundo circundante. Apoyado en el antepecho de la ventana, recorrió con la vista el asfalto húmedo, surcado por altos árboles y viejos faroles, una imagen a la que no le faltaban ni los estandartes con la esvástica para poder corresponder a su país, porque tampoco allí colgaban ya.

Al fondo de la avenida, entre las raleadas ramas de los plátanos, aparecía el majestuoso edificio del Congreso, donde las coronas fúnebres cubrían por completo las amplias escalinatas de la entrada. Acudió a su memoria el discurso que había pronunciado Evita el 17 de octubre del año anterior, en lo que se publicitara como la primera transmisión en vivo de la televisión argentina, que él había seguido en un aparato de industria

nacional instalado al aire libre frente al edificio de la gobernación tucumana. «Si este pueblo me pidiese la vida, se la daría cantando», había dicho la primera dama, o le dijeron a Klement que había dicho, porque su castellano seguía sin alcanzarle para mucho más que el comercio cotidiano. La frase de Evita le recordó naturalmente su propia gran frase, esa de que saltaría riendo a la tumba a sabiendas de que ya habían caído en ella cinco millones de judíos. Por eso Klement sintió que él mismo estaba en ese balcón, con toda esa gente festejando sus palabras, esas masas fervorosas tan parecidas y a la vez tan diferentes a las propias: de un lado, el orden, y del otro, el caos; de un lado, las camisas pardas, y del otro, los *descamisados*.

El 17 de octubre, una fecha que parecía tan trascendente para los argentinos, había comenzado en Berlín, exactamente diez años antes, el proceso de deportación de los judíos de esa ciudad. Era la operación más importante que Klement había tenido bajo su mando hasta ese momento, por desarrollarse en el corazón del Reich, que debía quedar purificada de judíos, *judenrein*, lo antes posible, de ahí que la guardara en la memoria casi como una fecha patria. Y tal vez hoy lo sería si le hubieran dejado terminar con su trabajo, en vez de quedar vacante en el calendario y ser tomada por otro régimen de las antípodas. Con amargura pensó que habían proyectado durar mil años y no habían podido adueñarse ni de una fecha.

Tiró el cigarrillo a la calle, aspiró profundo la combinación de olor a madera viva y madera quemada que pendía en el aire y volvió a aislar el cuarto. Espió su reloj dorado, la única joya que poseía, no por ostentar sino como eventual prenda de cambio, un recaudo que había aprendido de los judíos que emigraban ilegalmente sobornando a agentes de frontera. Pero aún no era hora de almorzar, es decir, de permitirse empezar con la ingesta de vino. Vera salió del baño y le preguntó para qué servía ese segundo inodoro, más bajito, con grifos iguales a los del lavabo, a lo que su marido le explicó que era un invento francés, ¿no se lo había comentado tras alguno de sus viajes a París? Muchas cosas recordaban aquí a Francia, desde el idioma que hablaban los intelectuales hasta las *baguettes* y unos *croissants* más pequeños y macizos que llamaban medialuna, *Halbmond*, ¿no era poético? De todos modos, donde iban no había esas sofisticaciones, ni en materia de comida ni mucho menos de artefactos de baño. Sin ánimo de asustarla, debía advertirle que las condiciones de vida en Tucumán eran bastante precarias, aunque no les faltaría nada y se tendrían el uno al otro, que era lo principal.

—¿Hay alguna iglesia?

—De eso no hay forma de huir.

Klement señaló la biblia que su mujer había apoyado sobre los ejemplares de *Der Weg*, la revista más leída de la colectividad que los camara-

das le habían prestado para entretener la espera. Había sido el primer objeto que desempacara ella al llegar a la habitación, y el que sostuvo en las manos al momento de orar (no recordaba si al momento de lo otro también). Era la misma biblia que muchos años atrás, en un ataque de furia, su marido le había partido en dos, y que Vera, en vez de mandarla a encuadernar, seguía usando tal como había quedado, con el aditamento de un pequeño cinto de cuero rojo rematado en una hebilla plateada para mantener unido el conjunto. No era la primera biblia que le rompía el hombre al que le había jurado amor eterno en una iglesia. La anterior, que ella conservaba en un estuche de fieltro púrpura desde sus tiempos de catequesis, Klement la había partido en más de un pedazo durante un ataque de furia previo, para luego arrojarla entre los carbones de la estufa de cerámica mayólica, donde había chisporroteado durante horas. Estaba harto de que en cada discusión ella le citara ese libro como si fuera la palabra del Führer, y en general le molestaba que cualquier cura tuviera mayor influencia sobre ella que su propio esposo. Días más tarde, emergiendo de una depresión de dimensiones más exageradas aún que su piedad, Vera se había aparecido con una nueva biblia, que en realidad era vieja y no era suya. Era la biblia que Klement había recibido de su madrastra a los dieciséis años, cuando tuvo que partir a trabajar en una mina por orden de su

padre. Había leído el libro de los libros en sus días de franco, subrayando con rojo o azul las partes que más le interesaban, que eran exclusivamente las batallas del Antiguo Testamento. Esas grandes matanzas donde no quedaban vivas ni las ovejas, ciudades enteras arrasadas, enardecían su imaginación adolescente, ya encendida por lo que había llegado a percibir de la Gran Guerra. Klement no recordaba que aún conservaba ese manual de campañas de exterminio, y rescatarlo había sido una estrategia inteligente de su mujer, aun cuando tiempo más tarde tampoco ese ejemplar quedaría indemne. Si no lo había terminado de romper e incinerar en su segundo ataque antibíblico fue porque no quería ver a su esposa otra vez tan infeliz sin su amuleto, y quizá por algún dejo de sentimentalismo por el amuleto mismo. Le gustaba pensar que había partido ese libro doble justo entre su parte antigua y su parte moderna, aunque sabía que en el fondo ambas eran caras del mismo monismo semita.

—Veo que algunas cosas no cambian —dijo Klement, sin rencores.

—Es mi botiquín —respondió Vera, enigmática.

Destrabó la hebilla, separó ambas partes (antes y después de la devastación de Israel, Ezequiel 33, 23, subrayada en rojo y en azul) y le mostró que en el lomo interno había cavado cuatro huequitos, dos de cada lado. Contenían las cuatro

pastillas que su marido le había dado antes de pasar a la clandestinidad, diciéndole que no le harían falta si venían los norteamericanos o los franceses o los británicos, pero que si veía que los que tocaban a la puerta tenían uniformes soviéticos, debía de inmediato darle una a cada niño y tomarse ella la última: la muerte por envenenamiento era una bendición comparada con caer en manos de esas bestias coloradas. Él mismo tenía su cápsula, cosida en el interior de una media, para el caso de quedar en la misma situación. Afortunadamente, había caído prisionero de los norteamericanos, y aunque el Reich estaba muerto, y con él sus sueños y el sentido de su existencia, todavía le quedaba su familia, que también tenía derecho a saberlo vivo. Solo por eso había arrojado su porción de veneno a la letrina y se había abocado desde entonces a buscar el modo de evadirse del campo para reencontrarse con los suyos.

—Ya podemos tirarlas por el inodoro —ordenó, magnánimo—. Aquí no hay rusos, ni nadie que nos vaya a hacer mal.

—Tío Ricardo, ¿qué hacía usted antes de venirse a Argentina? —quiso saber Klaus mientras esperaban a que les sirvieran el desayuno en el vagón comedor del Pullman Express.

No era una pregunta nacida de la curiosidad sino de la desconfianza. Como tampoco a Vera

había podido contarle mucho el día anterior, luego de inducir al sueño a sus hijos en el camarote contiguo, sintió que debía explayarse. Tampoco es que necesitara demasiadas excusas para hablar de su tema preferido, que era siempre él mismo.

Empezó por el final, contando sobre el campo de prisioneros en el que había caído una vez perdida la guerra. Dijo que los que mejor lo habían tratado eran los negros, porque ellos sabían lo que era ser discriminados, como les estaba ocurriendo ahora a los nazis por el simple hecho de haber defendido su patria y su raza. Los *amish* blancos, en cambio, no toleraban ni una broma. A un teniente que le había pedido su nombre y luego había agregado «¿Nacido...?», él le había contestado que sí, por supuesto, sin lograr siquiera una sonrisa. Al lado de ese hombre, recordó, estaba parado un exoficial de las SS, que ante cada nuevo interrogado le aseguraba al teniente que se trataba de un ferviente opositor a Hitler, algo que también había hecho con Klement, llenándolo de vergüenza y asco.

—Que hayamos perdido no significa que tengamos que humillarnos ante el vencedor —declaró Klement ante un público del que dependía la restauración de un eventual Cuarto Reich—. Me acuerdo de que nos quisieron pasar una película sobre los supuestos crímenes que habíamos cometido, pero armamos una pequeña revolución y tuvieron que guardarse sus cintas. ¿Por qué no

miraban ellos una película sobre lo que habían hecho en Dresde?

Tras considerarlo «desnazificado», como llamaba esa gente a la ilusión de robarle hasta sus convicciones al que no le quedaba más que eso, los norteamericanos lo habían liberado, pasó Klement a mentir sin solución de continuidad, como si ni él mismo supiera la diferencia. Es que realmente no entendía por qué no podía impresionar a su familia con el relato de cómo había hecho para huir del campo antes de que su cara les trajera reminiscencias a los judíos que eran invitados a rondas de reconocimiento entre los prisioneros. No a cualquiera se le hubiera ocurrido, como se le había ocurrido a él, difundir el rumor de que se pondría rumbo hacia Medio Oriente para encontrarse con su amigo, el Gran Muftí de Jerusalén. Pero no podía decir nada de eso. Así castigaba la Historia a los que habían dado la vida por cambiarla.

—Después estuve trabajando de leñador, para que la gente tuviera madera con que reconstruir las casas destrozadas por los bombardeos asesinos de los ingleses —declaró, aunque sabía que era leña que se usaba de combustible para trenes, como si estuviera condenado a que todo lo que hiciese girase siempre en torno a ese medio de transporte.

—¿Con un hacha? —preguntó Dieter, mirándole los flacos brazos con cierta incredulidad.

—Era un trabajo duro, sí, pero tenía buenos compañeros —dijo el tío, callando que también tenía una linda compañera, Nelly, la hermana viuda del camarada con que se había evadido.

Vivían todos juntos en un campamento de chozas precarias conocido como «la isla». Los fines de semana, Klement, o en realidad Otto Heninger, como se hacía llamar en ese entonces, iba al pueblo más cercano en bicicleta y deleitaba a la gente tocando Brahms y Beethoven con su violín.

—¿Y por qué no nos vino a visitar? —inquirió Klaus, después de probar el dulce de leche con la punta de la lengua y rechazarlo empalagado.

Klement tuvo que contenerse para no aplicarle un correctivo a ese mocoso preguntón, y más aún para ocultar el orgullo que le provocaba su perspicacia. Salió del brete contando que la maderera había quebrado y con sus ahorros había decidido comprar cien gallinas para abocarse a proveer de alimento a una población sometida a las peores penurias por la arrogancia y la crueldad de los vencedores. Paradójicamente, como el corral estaba cerca de un antiguo campo de concentración, también se había visto obligado a comerciar con los que habían logrado sobrevivirlo.

—Por supuesto que a los narigones les vendía los huevos a cualquier precio —dijo el *Onkel*, y se apoyó una redundante medialuna en medio del rostro, desatando la hilaridad hasta de los que no entendían a qué hacía referencia.

Le hubiera gustado contar que durante esa época, cuando no estaba atendiendo a sus gallinas o juntando arándanos en el bosque para darles de comer, se había abocado a escribir sus memorias. Quería refutar una por una las vilezas que estaban diciendo de él sus antiguos camaradas de armas en esos espectáculos infames que llevaban adelante las fuerzas de ocupación en Núremberg. Tras un breve silencio cargado de un silencio mucho mayor, y mientras le recomendaba a su mujer con un gesto de la mano ni tocar el mate cocido, Klement agregó:

—Fue una época feliz. Los domingos salía a pasear en bicicleta por los alrededores.

En la memoria se le apareció, riéndose de esa felicidad inexistente, la cara del judío que le compraba más huevos de los que hubiera podido comer, por muy numerosa que tal vez hubiera sido su familia. El miedo a ese judío específico, y en general a los grupos de choque de esa raza que ajusticiaban a nazis sin tomarse siquiera la molestia de simular un juicio sumario, lo había llevado a malvender las gallinas ponedoras y huir de un día para el otro, no sin antes quemar esas memorias donde todo lo que decía podía ser usado en su contra. Esta vez, multiplicó sus destinos: a los dueños del campo les había dicho que se iba a probar suerte a una fábrica en Noruega y a Nelly le mintió que se entregaría a los rusos. Si no oía de él en las próximas semanas, podía dibujar una

cruz sobre su nombre, declamó con ella abrazada a su pecho, llorándolo ya como a un muerto.

—No pasé a visitarlos porque había israelitas por todas partes. —Se le ocurrió que sí podía decirlo, a fin de cuentas ser perseguido no probaba su culpabilidad sino la sed desquiciada de venganza de los otros—. Ya bastante me costó despedirme de mi patria. Me sentía como un niño que se separa de su madre, a la que ha visto morir sin haber podido hacer nada por salvarla.

—¿Te tomaste el barco en Hamburgo o en Bremen? —quiso saber Vera.

—En Génova, era más barato —mintió otra vez, recordando con especial rencor que sus camaradas no habían hecho nada sin buen dinero a cambio, mientras que los monjes franciscanos y las autoridades argentinas no le habían cobrado ni un marco.

En ese momento, la atención de los comensales, en esa y en todas las mesas del elegante vagón comedor —manteles almidonados, vajilla reluciente, camareros de frac— se vio distraída por la detención inopinada del tren en medio de la estepa. Klement supuso que se trataría de algún desperfecto, casi con alivio lo supuso, porque el andar immaculado de ese tren inglés era una afrenta para un alemán, hasta que observó gente bajando con sus bártulos, como si se tratara de una estación. Y se trataba efectivamente de una estación, solo que no había nada que la señalizara como tal,

ni carteles con algún nombre, ni un andén de al menos un par de metros, ni una mísera casilla de madera para el guarda, no había siquiera alguna señal luminosa o pintada sobre chapa, nada fuera de una mancha de tierra pisoteada bajo el par de árboles que debían hacer de sala de espera y un par de huellas que subían por una leve cuesta hasta perderse entre unas edificaciones aplastadas contra el horizonte. Sorprendido de no haberse percatado de esta parada en algún otro viaje, Klement explicó a sus sobrinos que una estación de tren no es una construcción emplazada junto a las vías, ni un nombre en un mapa, sino simplemente el sitio donde el tren se detiene para sumar o restar pasajeros.

También él había tenido que inventar estaciones donde no las había cuando trabajaba para el Reich, siguió contando, como si no haber podido continuar con su relato hacia delante le hubiera terminado de abrir la puerta hacia atrás. Con mucha paciencia explicó cómo se calculaba el tiempo que necesitaba un tren para detenerse, dependiendo de la velocidad con que venía, su extensión y el peso que transportaba, y cuánto combustible de más consumía en las subidas y de menos en las pendientes, otra vez dependiendo del peso. Por último les habló del núcleo de su tarea como responsable de los *Transport*, es decir, maximizar la cantidad de material humano por vagón y de vagones por tren.

—¿Cuántas personas creen que entran aquí, sacando las mesas y las sillas y todas las otras cosas? —los desafió—. ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? ¿Setenta? ¿Cien?

Klaus se tomó unos instantes para hacer un rápido conteo de cuánta gente llenaba el comedor en ese momento y multiplicarlos en su imaginación hasta llenar todos los espacios vacíos y dijo:

—Cincuenta.

—Pensé lo mismo, cincuenta —confirmó Vera, sin tratar de imaginarse nada, pues sabía de qué hablaba su marido.

Ese era el número oficial, dijo Klement recostándose sobre el respaldo de su silla, pero él había logrado duplicarlo, para aumentar la productividad.

—¿Cien personas por vagón? —se horrorizó Vera, dejando la medialuna en el plato a medio comer.

—¡Cien personas, pero por el precio de cincuenta! —Klement volvió a tirar el torso hacia delante, sin sentir que estaba mintiendo, pues lograr ese coeficiente había sido siempre su deseo más verdadero—. ¿O te crees que era gratis? Solo para los infantes, el resto pagaba por kilómetro recorrido: los mayores, cuatro *Pfennig*; los menores, dos. Hubo que negociar una tarifa por vagón con el Ministerio de Transporte. ¿Sabes cuánto dinero les hice ahorrar? Hasta el doctor Ganzenmüller me felicitó, era el jefe de los ferrocarriles.